

de mas?" y amenazaba dar un martillazo en la mesa, pero se contenía en el acto, porque uno de aquellos cuatro ó cinco individuos que yo había encontrado á mi llegada, dejaba escapar una puja mayor. *Cincuenta pesos! cincuenta y cinco! . . . sesenta!* y seguía buscando números en la frente de todos los que estaban allí, hasta que alguno otro dejaba oír su voz ofreciendo algo mas. Así siguió la danza; los tales muebles, merced al empeño que manifestó uno de los que ántes he dicho, subieron á trescientos cincuenta en lo que le fueron adjudicados á un hombre de barba larga y de ojos muy grandes.

Como aquello me sirvió de ensayo pude ya, en el lote siguiente, entrar en la cuestión. Tratábase de otro sofá, otros dos sillones y otras doce sillas, también de última moda de París, aunque muy desemejantes á los otros; quizá porque no hay solo una moda. "Se remata, señores, este magnífico sofá, con sus dos sillones correspondientes y doce sillas, todo de rosa con vestidos de seda y cerda. ¿Cuánto vale todo esto, señores?" Nadie oísta; pero yo que ya tenía ejemplo que imitar, me aventuré á decir diez pesos. — "Diez pesos, señores, por este ajuar, cuando de viga costaría mucho mas! Miren ustedes, señores, es rosa garantizada, enteramente nueva, y en la calle de San José el Real no costaría menos de doscientos cincuenta pesos: ¿No hay quien dé mas! . . . veinticinco pesos . . . veintiocho . . . treinta . . . treinta y cinco." — Cuarenta, dije yo á la buena de Dios. — Cuarenta pesos: ya el señor se va convenciendo de que vale el dinero . . . cuarenta y cinco . . . — Sesenta, exclamó uno de los susodichos. — Sesenta . . . setenta . . . ochenta. — Cien, dije yo nuevamente. — Cien . . . ciento diez . . . quince, diez y ocho. — Ciento treinta, dijo mi antagonista. — Ciento cincuenta, repliqué yo. — Doscientos, dijo aquel herido en su amor propio. — Doscientos veinte, repuse, y creí haberlo aplastado; pero na-

da: él parece que tenía muchas ganas de evitar mi compra, y dijo lleno de despecho. — *Doscientos sesenta!* Como á juicio del vendedor aquello valía en San José el Real, doscientos cincuenta, creí que me era mejor ir allá y por lo tanto me callé. Mi hombre palideció visiblemente, y creo que fué por una terrible mirada que le dirigió el gran sacerdote, la cual me debió el concepto de injusta, puesto que le pagaba muy bien sus muebles. Se apuntó su nombre y siguió el remate.

Sobre poco mas ó menos así se fueron vendiendo las demas cosas, hasta como á las seis de la tarde, hora en que se citó para el día siguiente á fin de continuar la venta. Yo por fin no pude tomar sino un espejo, en un valor muy cómodo segun me dijo mi adversario, quién á poco me dió mil excusas por su oposición, y aun llevó su complacencia hasta ofrecerme el ajuar que me había disputado; caballerosidad que en manera alguna quise admitir. El espejo me costó sesenta pesos. Ví vender allí algunos juguetes para tocador que debían ser muy apreciables, por cuanto la lucha que se entabló para su adquisición, fué mas viva que una lid electoral; y en esa disputa cada pieza llegó á tener un valor de tres pesos, aunque otras semejantes las había visto dar en tres ó cuatro reales. Ví ofrecer quinientos pesos por un cuadro que el vendutero afirmaba ser de Rubens, y que á mí me consta habérselo visto fabricar á un regordete mejicano á quien encargué hace poco un retrato. Ví dar en trescientos pesos una escopeta que fué propiedad del príncipe Eugenio, y que sin embargo un amigo mio había vendido hacia poco tiempo en veinte pesos porque no estaba en corriente. Respecto de mi espejo hoy he sabido que en la casa de Michaud solo me habría costado unos veinticinco pesos.

Al día siguiente fuí un momento: luego se me hizo lugar; pero los asiduos compradores de la víspera me choaban mucho, y desde el momento en que alguno de

ellos tomaba la palabra, dejaba yo de hacer proposiciones. Así es que nada compré ni volví á pensar en buscar bueno, bonito y barato. Mucho tuve porqué alegrarme cuando ví que uno de los compradores se quejaba de que el ajuar de sala que habia comprado por de rosa, le salia de pino pintado y barnizado: que otro se lamentaba de haber recibido alfombra usada á razon de seis reales vara, cuando á siete la habia nueva en los depósitos, y así de lo demas.

Después que salí de allí supe que el Sr. D. X.* repudiaba las siete octavas partes de lo que se habia puesto venta como suyo, y que lo mas habia salido de tales ó cuales almacenes, cuyos propietarios iban á licitar en el remate y á dar á los efectos precios fabulosos. Estos fingiéndose postores obtienen una de dos cosas, ó vender muy caro al bazan que se empeña en contrarestarles, ó si se finca en ellos el remate puede al dia siguiente exhibir una prueba de que tal cosa les cuesta tanto, para lo cual enseñaban su lote; y de ese modo se dejan pedir cuanto les ocurre. O si hay alguna cosa que en realidad se venda á precio bajo, ellos la abarcan y después anda de remate en remate como si fuera jubileo circular. Tales individuos llevan el nombre de *paleros*.

Cansado por tanto de perder el tiempo sin provecho fui á donde debí haber ido primero, á los almacenes de muebles, donde si no encontré cosas que merecieran el nombre de nuevas, elegantes y de buen precio, hallé en cambio las sillas renovadas del Sr. Z*, el confidente rejuvenecido del Sr. S*, la consola disfrazada del Sr. K* y otros objetos que habian ya hecho sus servicios en el mundo, y que por tanto tenian derecho á la jubilacion.

Cargado de todas mis compras, ó mejor dicho, cargados los conductores, llegué á mi nueva mansion á hacer que el tapicero las colocara; pero ¡aquí de Dios! Por mas que nos devanamos los sesos en discurrir por dónde

entrarian los sofás, nos quedamos en la misma. La escalera tenia tantos escalones como vueltas y los muebles no eran como culebras que se podian enroscar. Las puertas eran tan estrechas como conciencia de beato, y los sofás no eran de goma elástica para poderlos oprimir y enjutar. Una mesa hizo su ascension por los balcones y se ha quedado hasta hoy á medio camino. Una cama se presta á entrar, pero sin cabeceras y sin piés. En suma, todos ó casi todos los muebles protestan contra la taxativa que les ponen las puertas y corredores, y estoy muy próximo á presenciar una escision, un desmembramiento, una acta de federacion entre todos aquellos palos amenazados de un fraccionamiento absoluto.

El tapicero me consuela en tal trabajo, diciéndome que no hay cuidado, que todo ha de domiciliarse allí; pero si no es que discurra ensanchar las puertas, á lo que se niega el dueño de la casa, no comprendo cómo podrá, hacerlo este buen hombre. Mucho me temo que nos veamos en la precision de ó no tener muebles ó tenerlos propios para liliputienses, que no sé qué será mejor.

Adios, Bibiana. Muy pronto nos veremos las caras, pues se aproxima el gran dia de tu regeneracion social.

— *Caralampio*.

México, 4 de Julio de 1859.

Como una prueba concluyente de la ilustrada civilización de la córte, puede citarse el empeño que hay en escribir y leer periódicos, ora se llamen de literatura y variedades, ora lleven el nombre de políticos y religiosos, ora, en fin, sean una miscelanea completa de cuanto puede apetecerse en esa línea. Sin embargo, parece que las actuales circunstancias no son muy favorables al periodismo, puesto que apenas existen cuatro en estos momentos; pues aunque han aparecido dias atrás algunos otros, morian tan intempestivamente, que ni lugar habia para sus funerales.

Yo he sentido la desaparicion de algunos, principalmente literarios, porque en ellos encontraba momentos muy satisfactorios, ya leyendo las novelitas verdes que

consagraban á las señoritas, ya instruyéndome en el modo de curar las heridas que hacia un mal fuste en el lomo de un caballo, receta que se daba á las mismas señoritas, por lo que pudiera importarles. He sentido tambien la muerte de otro risueño publicista, que nos proporcionaba verdadero soláz, principalmente cuando con su inimitable gracia y salero injuriaba á los mexicanos por haberle dado hospitalidad; y cuando por decir gracejos nos regalaba los epítetos de bestias, de pícaros, de venales, sin perdonar al mas encopetado. Lo he sentido, porque todo esto instruía y recreaba; y cualquier padre de familia podia con seguridad dejar en manos de sus hijos esas predicatas de moralidad y de respeto á la sociedad entera. Pero puesto que han pasado á mejor vida, respetemos su sepulcro y hablemos de los vivos.

Estos como digo son cuatro, y pueden compararse á mi modo de ver con los novísimos, así por los distintos caracteres de cada uno, como por el modo con que se conducen.

La muerte la veo yo en el que llaman *Diario Oficial*: tanto es de severo y descarnado que nunca se le puede roer maldita la cosa. Sus ocupaciones son del todo oficiales, y no hace mas que publicar las comunicaciones de los ministerios, los partes de los gefes, las sesiones de la sociedad de geografia y estadística y las píldoras y unguento Holloway. Qué se puede decir de este? Lo mismo que de la muerte que es inevitable y no admite chanzas. Dejémosle por tanto.

El juicio está representado en un papel chisgaravís y enredador, fisgon, y entrometido que no deja títere con cabeza á quien no ajuste las corcobas. Llámase *Diario de Avisos*, y tiene la mision de llamar las cosas por su nombre y hacer un escrutinio de las acciones de cada *quisque*. Continuamente está en pleitos con todos, porque no á todos les agrada que saquen sus trapitos al sol:

y este prójimo se saldria de la misa de doce y cuarto, que es la última por decir cuatro frescas del lucero del alba. Tiénenle grande ojeriza los que temen ser llamados á su tremendo tribunal, porque hace mucho tiempo que está en la creencia de que su mision en la tierra es la de endereçar tuertos. Verdad es que muchas veces no es tan sesudo que su fallo sea infalible; pero es juez humano y ya sesabe que la humanidad es imperfecta; y muchas veces se deja llevar de testigos falsos que lo hacen firmar una pilatuna. Pero esta disculpa la podrán siquiera alegar otros que tienen por oficio juzgar? A lo ménos á este censor implacable no se le puede argüir de cohecho ó de corrupcion, sino mas bien de esceso de severidad.

De un pecado si no le absolveré nunca del de hurto; porque ese lo comete con la mayor frescura el dia que se encuentre sin pasto para su ordinaria ocupacion: copia artículos enteros de qualquier parte, y si no los dá por suyos deja que entiendan que lo son. El quiere disculparse con el mal ejemplo; porque dice que todos hacen lo mismo, y aun él es víctima de esos despojos. Será así, pero siempre quisiera yo que no se echará á la bartola, sino que trabajara personalmente, puesto que le sobra ropa de que cortar. Ha ofrecido la enmienda: verémos si la tiene.

El infierno está en frances, y como tal infierno se revela siempre contra todo aquello que le puede disputar sus victorias. Merced á ciertos temorcillos, solo medio abre la boca para que no se le olvide el movimiento cuando sea tiempo de engullir. Nunca trata sino con deferencia á los que por allá en nuestras Batuecas ú otros lugares semejantes se han constituido enemigos del alma. Suelta allá como al descuido algunas palabritas, que aunque aplicadas á otro país, tienen mucha cabida en nuestros asuntos; y cuando se trata de que alguno se desfoque contra los otros papeles, de seguro que en él

se encuentran siempre los preliminares. Yo entiendo que si no se le sujetaran tanto las fauces, algunos sapos y culebras veriamos salir de allí. Por lo demas, hasta ahora no inspira temores: quién sabe si mas tarde se desquitará de ese prudente silencio que ahora guarda.

La gloria, como que es lo mas apetecible, lo mejor que el hombre puede buscar, ya sea la gloria que disfrutan los bienaventurados en el cielo, ya sea la gloria que en el mundo buscan los grandes hombres, la veo figurada en el Diario llamado la *Sociedad*, periódico aristócrata, sério, gravadoso y lleno siempre de pretensiones. Publica siempre unos artículos de chuparse los dedos; sus materias son de muy alta categoría; nunca divaga en futelezas, nunca descende á pequeneces. Es verdad que para llegar á la sustancia de un artículo de cinco columnas, hay que apurar primero las cuatro y media consagradas á los preliminares y antecedentes; pero eso sí, en la última media columna se desquita y cotunde á los que se ha propuesto combatir.

Como sus artículos son siempre de un mérito indisputable, y como ademas ha adoptado por epigrafe una divisa soberbiamente guerrera, se pelea á cada momento porque le toman tal ó cual noticia, y luego lleva su paciencia hasta formar un índice de los párrafos, ó de los títulos de los párrafos que le copian; siempre sin perjuicio de copiar á su vez lo que mas le agrada. Elevada y viviendo siempre en las altas regiones, ve con el mayor desprecio á los que andan en este valle de lágrimas, y se entrega toda entera á la contemplacion de la beatífica felicidad que nos rodea. Para ella estamos en el Eden, y mucho mas lo estaremos cuando cierto personaje logre organizar el desórden y moralizar la inmoralidad, lo cual cree tan fácil como sorberse un huevo tibio.

Ya he dicho que sus artículos son siempre de un sabor celestial, y tú veras si lo son ó nó cuando sepas, aquí reservadamente te lo digo, que no tiene inconveniente

niente en prohiar el de algun santo padre ó el de alguno de los mas célebres escritores. Hasta el padre Lammenais ha pagado su contingente; por supuesto en plata de buena ley, porque la chagolla solo se admite por desquido.

En cuanto á mentir, ni por pienso, ayunaria cuatro cuaresmas á pan y agua, si acaso no se mordía la lengua cuando tales tentaciones le vienen. Que alguna vez la engañen, podrá suceder, muy principalmente cuando da oídos á un cuervo que suele irle á cantar cuan torpemente sabe hacerlo, y se deja llevar de sus notas.

Hé aquí el periodismo de la corte. Por leer estos cuatro papeles se desviven mas de cuatro personas, y apenas han saltado del duro ó mullido lecho, ya preguntan por alguno de ellos. Muchas veces no les encuentran gran cosa, y entónces hacen una mueca de desagrado, pero si alguno de ellos sostiene con otro una polémica interesante sobre si Don Fulano se levanta á las diez ó á las dos, sobre si en el teatro se dieron de cojinazos ó fueron bastonazos y entre quiénes, entónces el periódico tiene un grande interes, se le lee sin descanso, se le lleva por todas partes, y se le muestra á los amigos. Porque una de las condiciones mas esenciales del periodismo, es que se ocupe de trivialidades y de chismes.

Todavía hasta ahora no he podido dar con un periódico que escriba razonados artículos sobre hacienda, sobre administracion, sobre derecho público, sobre ciencias, sobre artes, sobre algo de provecho. Son unos busapies cuando mas, que inician una cuestion, sueltan magistralmente tres ó cuatro frases de estampilla, y ahí quedó todo. Muchas veces ni se toman el trabajo de probar sus proposiciones, sino que las dan por tan admitidas, que parecen artículos de fé.

Verdad es tambien que el dia que quieran abrir cátedra para cualquiera ciencia, ese dia se borrarán de la lista de suscritores, lo ménos noventa y nueve de cada

cien, y el restante bostezará de fastidio, y solo recibirá el papel para recortarle el folletín, caso que fuera una novelita. Tanto así es lo que en la corte gusta leer cosas serias y de provecho. Por consiguiente, á tales lectores tales escritores.

Muchas veces se encuentra en la seccion de avisos de tales periódicos, alguna cosa tan rara, tan original como la siguiente: "*Las mulas que se perdieron el dia 18 del pasado en el puente de San Javier, darán una buena gratificacion al que las entregue en el meson de San Pedro y San Pablo.*" O como esta otra: "*Se vende un novillo de todas leches en buen precio. Dará razon en la plazuela de la Santisima.*" Por mas que yo busqué las mulas para preguntarles á cuánto llegaba la gratificacion que habian de dar á quien las condujera á su casa, no supe dar con ellas; así como tampoco pude encontrar el novillo para que me diera razon de por qué y cómo se vendia.

Esto es lo ménos notable que se suele encontrar, que algunas veces hay cosas que ni yo con toda mi batucada me atreveria á decir; pero en la corte pasa todo, porque en la corte hay dispensa absoluta de buen sentido respecto de publicaciones, y lo que importa á estas es llenar el papel y tener un buen número de suscritores.

Hasta otra vez, hija mia. Por ahora te envio unos números de los periódicos cortesanos, con algunos confites dentro. Oreo que no han de estrañar tamaña dulzura, pues bien acostumbrados están á ella. Adios.—
Caralampio.

Méjico, 7 de Julio de 1859.

Ademas de los muchos progresos que la corte ha hecho en eso que se llama civilizacion y que muy ligeramente ha tratado de darte á conocer, hay en esta beatísima tierra otras muchas cosas que no tocan á la cultura de las personas, pero que sí dan una idea ventajosísima de lo que es la capital del nuevo mundo, y de lo muy atrasados que aun estamos en nuestras infelices Batuecas, no para competir con la corte; pero ni aun para mirarla frente á frente. Indefectiblemente somos unos pigmeos, y Méjico es un gigante mas grande que una montaña. ¡Cuándo lo alcanzaremos?

Para que veas que no lo pondero mucho, voy á ponerte muy en compendio algunas de las cosas que por aquí se usan y que por allá no conocemos, con lo acaba-

rás de persuadirte de la enorme distancia á que nos encontramos los de allá con los de acá.

En Méjico, país libre, soberano é independiente nunca se han consentido los esclavos, y no como quiera, sino que los hombres que lo son en otra parte, por solo el hecho de pisar el territorio de la república quedan libres. Esto no agradó en modo alguno á ciertos hombres afechos á la servidumbre, no obstante que proclaman libertad; y ¿qué hacen? Inventan un modo por el cual el individuo aunque no se vende se empeña; y aunque no está marcado está señalado; y aunque no trabaja en los ingenios y en los plantíos de arroz y de café lo hacen en los amasijos y en las tocineras. Y ya ves como sin ponerse completamente en oposicion con los humanitarios sentimientos del legislador, hay una esclavitud, embozada, es verdad, pero casi casi como la de cierta república que es llamada por algunos el emporio de la libertad.

Quizá no me has comprendido bien, y no tendrás culpa si así sucede, porque solo yo que lo veo puedo explicarme cómo puede hacerse á un hombre libre quasi esclavo; pero voy á darte la clave del secreto, y entonces entenderás. Supon tú que un ciudadano de esos que que tienen soberanía, se encuentra el día ménos pensando sin cuartilla: sabe trabajar en la panadería ó en la jabonería; va á buscar ocupacion pero se le dice que no hay modo, sino es que entre á la clausura. Si condesciende se le da tal cantidad sobre su persona y por ese mismo hecho queda convertido en mueble de la casa; porque hasta que no desquita el importe del empeño no sale, sino los domingos, á misa y eso sin sombrero y cuidado, lo mismo que todos los demas, por dos ó tres capataces que parecen agentes de la policía secreta.

Dirás que un hombre así pronto recobra su libertad pero te engañas; porque cuando ya va acabando de amortizar su crédito, abre otro, y luego otro; y llega un día en que ya no puede salir de la casa de empeño, por-

que su pasivo está muy léjos de ser cubierto por su activo.

Te dije que estos remedos de esclavos estaban señalados á falta de marca, y la señal consite primero en la falta de sombrero que queda abolido miéntras su cautividad; y segundo en su librea que toca los dos extremos en cuanto á color, pues la una es blanca por demas y la otra negra por exceso: la una cubre de harina hasta los ojos: la otra de grasa y humo hasta la lengua. Ya ves que de esto no hay por nuestra tierra.

Tampoco tenemos por allá unos depósitos tan multiplicados, tan abundantes y tan variados del néctar mejicano llamado pulque. Aquí á cada cuatro pasos se encuentra un espendio surtido de barriles rebosando de blanco *neutle*, y frecuentado por miles de individuos é individuos. Unos se instalan en sesion permanente y apuran de sobre el mostrador sendos vasos, hasta que agotadas sus fuerzas pierden el equilibrio y se entregan al sueño del hombre dichoso: otros solo llegan á proveerse para llevar á sus casas la racion cotidiana; porque aquí desde el niño que está en los brazos de su madre ó de su nodriza, hasta el viejo decrepito que ya no puede con la fé de su bautismo, beben pulque desde que amanece hasta que vuelve amanecer.

Por lo que hace á los espendios ó *casillas*, siempre se procura atraer al consumidor ya con la longanimidad de las medidas, ya con la buena calidad del efecto, (es decir, con la ménos agua que se le mezcla, y las ménos porquería que se le intercalan) ya, en fin, con la pintura de la casa, en la cual brillan los asuntos erótico-pardos-oscuros que es un contento, no faltando parte donde se ostente pudorosa una *Vénus* en el baño, ó cosa tan moral como esta.

La frecuente concurrencia á estas casas, las libertades continuas del *divino neutle* hace muchas veces que como dije ántes se pierda el equilibrio; y una vez perdi-

do este, suele ir á servir de punto de apoyo un hombre forrado de bayeton azul y ostentando un sable corte muy parecido á los que usan los muchachos el dia de San Juan para sus simulacros de guerras. Si el cansado libador se resiste al apoyo que se le ofrece, entónces hay que echarse lo á cuestras, para lo cual se llama al jayan mas inmediato quien con la mayor espedicion lo conduce á una casa de acilo, donde el devoto de Baco va á pasar ocho quince ó mas dias de reoogimiento, excepto las horas en que sale á la ciudad á cuidar de su aseo y sus mejoras materiales.

Cuando es una dama del pueblo soberano la que recibe estos auxilios—y con demasiada frecuencia ocurren casos de esa naturaleza, porque el bello sexo popular es sumamente afecta al blanco licor—entónces la escena cambia de aspecto y presenta lances cómicos por demas. En primer lugar se entabla una lucha de palabras y obras entre el conductor y la conducida: ella se resiste, él insta: ella opone su inercia, él emplea su fuerza; y no se dirime la cuestion, si no cuando un comedido ó compelido Atlante se eche á la espalda aquella mole de carne y hueso. Pero para darle mas interes al grupo, así como para librarse de ciertas cariñosas conversaciones que se solian entablar entre los dientes de la remisa y las espaldas del diligente conductor, han inventado estos ponerlas en contemplacion del sol, y poner sus espaldas de la manera mas académica, dejando flotar á merced de su dueño las piernas cuasi desnudas de la forzada carga que trasportan. ¿No es verdad que un dibujante encontraría demasiado poético este precioso grupo, y sacaría de él un estudio azás precioso?

Cuando llega á la casa de asilo se le deja reposar de la fatiga del viaje y de las emociones del pulque; y al dia siguiente por la mañanita sale en compañía de otras damas, á lucir su aseo y su destreza en la escoba, ora á la plaza de la constitucion, ora á la frondosa alameda,

sirviéndole este ejercicio lo mismo de distraccion que de castigo. Evidentemente que de esto no se disfruta en las Batuecas.

Ménos nos es conocido el sistema de muestras adoptado en la capital para algunas casas de comercio, v. g. los espendios de cigarros y de puros, las dulcerías y bizcocherías, y una ú otra fonda ó *restaurant*. El sistema de muestras consiste en buscar unas muchachas ó cuasi muchachas de no mala catadura, que sentadas siempre detras del mostrador, muevan regularmente los ojos, y sonrían con agrado al parroquiano, el cual en pos de esas miradas ardientes y de esas sonrisas protectoras, se declara consumidor permanente de los efectos de aquella casa, aun cuando maldita la bondad que los recomiende. Este sistema, está mas generalizado en las casas donde se vende ropa blanca hecha. Allí el pollo y el cotorron, con tal que una manecita regordeta, aunque nada aristocrática, le tome medida del cuello, de los puños, y le ajuste los guantes, ó le haga el nudo de la corbata, se deja sacar dulcemente el dinero de la bolsa, y paga el triple de lo que los efectos costarian en otra parte. Verdad es que ese escaso de precio se le desquita con escuchar coqueteando algunas flores ó algo mas, y con eso se cree el bauzan indemnizado.

No haya miedo que las virginales costumbres de tales reclamos padezcan en lo mas mínimo, porque ademas de que están formados sus corazones á prueba de bombardeos, tienen precision de permanecer incontrastables ante cuanta declaracion se les haga; porque en el mismo momento que se mostraran sensibles dejarían el puesto á otras que no fueran tan propensas á la combustión. Allí se les pone para que sirvan de anzuelo á la pesca, no para que se dejen pescar: por consiguiente deben complacer á todos y satisfacer á ninguno. Dirás que para eso sería bueno que las hicieran de palo ó de otra materia que no fuera la de que están formadas las hembras;

pero eso ya se ha ensayado y no surte buen efecto, siro por un rato; y el parroquiano se necesita constante, asiduo, perpetuo. Las muestras de palo, ni hablan ni ven, ni sonríen, y el parroquiano, para serlo, necesita algo mas que esto todavía: así es que ellas que saben de lo que se trata, cumplen perfectamente su deber.

Del todo son desconocidos los grandes depósitos que hay en la capital de ropa hecha y por hacer en cinco ó seis horas á lo mas. Llega aquí un batueco, que ó bien por falta de dinero ó por sobra de robos que ha sufrido en nuestros segurísimos caminos, se ve precisado á llegar en un sencillo trage al natural. Con tal que pueda conseguir unos diez ó doce duros, puede en el acto pasar á una de esas galerías en donde lo dejan como nuevo, vestido elegantemente y á la última moda de Paris. Es verdad que á poco andar y con solo que sople un ténue vienteillo, caerá el pelo del *paleteau*, quedando en su neta desnudez al grueso tejido de la sabanilla ó bayeton que se encubria con aquella suave piel: que al dar un abrazo concienzudo á su conocido, quedarán las mangas separadas indefectiblemente del resto del cuerpo: que al inclinarse á levantar un pañuelo caído ó para hacer una reverencia, los pantalones se independerán de las trabillas ó de la cintura, ó todavía peor, haciendo una música poco agradable al oido y al bolsillo del dueño; dejarán á este con mas ventilas que las que hay en el teatro, ó con mas rendijas que una puerta de casa vieja; pero estos pequeños contratiempos no son nada en comparacion de la baratura, prontitud y demas buenas cualidades que hay en las galerías de ropa hecha, donde se hace una horrible quemazon y se halla casi dado, cuanto ha menester un hijo del buen tono y de la buena arraqueza.

Igualmente nos son desconocidos unos depósitos de perfumería, en donde se encuentra cuanto se necesita para la belleza natural ó artificial, y para que las leonas

y pollos, al par que todos los demas seres vivientes de esta felicísima corte puedan en el día aromatizar su tránsito en el mundo, y de noche neutralizar los constantes y sempiternos perfumes que despiden ciertos bombos que triunfalmente pasean por toda la ciudad. En esos depósitos se encuentran entre otras curiosidades, los celebres unguentos de elefante y de hipopótamo, con cuyas fricciones en las encías salen los dientes aun á los que tienen noventa años: hay tintura de hormiga arriera para adelgazar la cintura y ensanchar la parte inferior del cuerpo de las damas: hay pomada de tórtolas para dar ternura en el corazón: hay jabon de golondrinas para soltar la lengua de las cortas de genio, que aunque bien pocas, no se toleran: hay colirios de sangre de gacela para dar espresion á los ojos: hay zumo de cola de oso para sacar el pelo, y en conclusion, hay cuanto puede apeteerse para la higiene de las personas y para su mas completo perfeccionamiento físico.

Allí, ademas de todas esas especialidades se encuentran otras que tambien sirven ya que no para el embellecimiento de la persona, sí para la hermosura y deleite de los gabinetes donde las señoras tienen su tocador, como decimos los bañuecos. Esas otras bellezas consisten en vasos de todas formas y caprichos: en alhajeros de diversísimas figuras, y sobre todo en estátuas de rica porcelana que representan imágenes mitológicas en actitudes indescriptibles. Y no creas que esas *honestísimas* figuras se esconden bajo un tupido velo, siquiera para librarlas del polvo; no, señor, se ostentan en toda su verdad y desnudez, aun cuando muchas veces son niñas adolescentes las que van á contemplarlas. Esto consiste en que se trata de desarrollar el gusto por lo bello y principalmente por las bellas artes. ¿Y dónde ó como se podrian estudiar mejor que en esos acabados modelos de los mejores maestros?

¿Dónde hemos de tener nosotros como tienen los cor-

tesanos esos gabinetes ambulantes, esos salones de tertulia que ora en una librería, ora en una botica; unas veces en una tabaquería; otras en una tienda abren sus sesiones y se habla de política principalmente, ya proponiendo cambios en la marcha del gobierno, ya disponiendo las operaciones del ejército, ya murmurando, ya corrigiendo y nunca alabando algo de lo que dispone el que manda? Aquí hay en esa línea un local, que bien pudiera llamarse la nueva Jerusalem, si no porque haya aparecido un Salomon, sí porque allí se espera siempre la venida del Mesías. No pasa un solo instante sin que no se espere *more judaico* al que ha de venir á redimirnos, no obstante que cuantas veces en mientes se le ha puesto venir á este suelo, nos ha dejado de peor condicion, merced á los mismos judíos de que ha formado su sanhedrin. Los rabíes que allí se congregan, á pesar de que su objeto principal consiste en leer las profecías de Daniel, y preferentemente sus setenta semanas, hablan luego de literatura y de ciencias, aunque científicos y literatos sontanto como sus asientos.

¿Ni de dónde habíamos de poder envanecernos con poseer unos jardines esmerados, embellecidos, y aparejados tanto para una comida en familia ó de amigos, como para ciertos misteriosos placeres que huyen de la luz del día; así para escojer exquisitas plantas, como para destrozarse rozagantes flores? Allí las fuerzas se pueden ejercitar lo mismo que perder: allí se pueden restaurar con suculentos almuerzos, lo mismo que disiparse en alegres bacanales: allí tanto se puede uno figurar en Roma en los banquetes de Eliogábalo, como en las fiestas de la isla de Cítères. Todo allí se puede, ménos ir sin dinero: todo se permite, ménos salir sin pagar.

¿Podríamos nosotros presentar, como la corte tantas casas de beneficencia y caridad como aquí se encuentran á cada dos pasos? Imposible; aquí esos establecimientos son tan comunes y la limosna tan ejercitada, que causa

asombro el número de las personas que en tal se emplean. No mas que como saben que el orgullo es un gran pecado, cuidan de ejercer sus actos *venéficos* desde que la luz no puede desoubir las facciones de la limosnera; porque limosneras son y no limosneros quienes se dedican á ese ramo. Me cuentan los prácticos que hubo un tiempo en que fueron tan pródigas, que fué necesario reglamentarlas y señalarles un tutor, el cual ponía las tasas y cuidaba de que no se arruinaran. Hoy no es así: nadie se mete en que repartan mas ó ménos sus bienes; sino que dejan á su discrecion y buen juicio el que dispongan de lo que poseen; no segun su buen corazon quisiera, sino segun los mas ó ménos necesitados que á ellas ocurren. Son tan generosas, que desde que dá la oracion salen á recorrer las calles, ó se ponen en las puertas de sus casas, ó se dirijen á los portales y la plaza, ó finalmente celebran convenios de amistad, comercio y locomocion, con los conductores de los simones para buscar por todas partes necesidades que socorrer y males que remediar; aunque esto segundo les sale á veces á la cara á las socorredoras y á los socorridos; pero no es por culpa suya. No creas que esperan á que un pobre les esponga su necesidad: ellas lo buscan, lo solicitan y se anticipan á sus deseos. Es tan grande su ansia de hacer bien, que ni esperan indicaciones.

En lo que la corte no tiene rival,—y eso creo te lo he dicho ya—es en la posesion de una nube de recaudadores de impuestos, que de dia y de noche, en la calle y en la casa se llegan á uno y le exigen un contingente para las necesidades de su erario particular. Todos piden y para todo piden. Si estás en misa no faltará un sacristan que te interrumpa en tu devocion para pedirte algo *para las misas que se están aplicando por intencion del que dá su limosna*; y eso á gritos y pasando veinte ó treinta veces por delante de tí, y llevándose tu vestido entre los piés, y apoyándose en los hombros redondos de

la mas bonita muchacha, así pudiera ser la mas almburada y aristócrata, y echando á rodar á veinte pasos el importuno sombrero del que tiene la costumbre de dejarlo para oír misa. Hay entre esos exactores piadosos uno principalente que invade á un individuo ó individua desde el momento que le descubre. Más que demandante ó colector, le llamaria yo salteador y asesino, porque hasta de saber que un viérnes,—viérnes habia de ser—ví que mucha gente concurría á un templo situado en las orillas de la ciudad, hácia el oriente: con mi habitual curiosidad me encaminé tambien allá, siguiendo, como buen batueco la corriente humana que me arrastraba. Me faltarian cincuenta pasos para llegar á la puerta del santuario, cuando ví venir á mí corriendo un hombre, que sin perderme de vista y tratando de asegurar el golpe que me asestaba al pecho, traía un objeto reluciente en las manos y á grandes gritos me pedia dinero.

Creí que soñaba; porque imposible me era persuadirme que en pleno dia y á la vista de tantos testigos se me pidiera la bolsa ó la vida. Era nada mas que un limosnero piadoso, que llevado de su celo pedia para el culto de la Santísima Virgen, y lo que en sus manos llevaba era un cepillo ó alcanfoa; pero como sorprende con su carrera, con su ataque inopinado y con poner á la cara el depósito de los contingentes, no sabe el pobre asalariado si se trata de pedir á buenas, ó si es el pordiosero de Gil Blas.

Los demas no son así, es decir, los que no piden para los santos sino para ellos; porque estos esponen su necesidad, y si se las socorren pronto se van; si se tardan en atenderlos insisten, y solo cuando han perdido toda esperanza pasan á hacer las mismas agencias con otro que ven al paso. Si se les pregunta indiscretamente por qué no trabajan, dicen que no encuentran colocacion, cuando me consta que hay una *Agencia de criados* en donde se dá destino á cuantos lo solicitan; agencia que nosotros

no conocemos, y que sin embargo es de incalculables ventajas, según he podido comprender.

Porque en esa oficina te surten de recamareras, cooñeras, mandaderos, amas de llaves; niñeras y cuanto mahayas menester. El que busca destino va allí, deja su óbolo porque lo inscriban en el registro, y muy en breve se encuentra con que en tal calle se necesita un cochero, v. g. Es verdad que el postulante no entiende una jota del manejo de mulas; pero si sabe hacer la mula su colocacion es indefectible. No le acomoda esto; puea vuelta á dejar el óbolo, y vuelta á esperar casa en que servir. La casa agencia cuida de que se escriba el nombre del solicitante, merced á las remuneraciones: de todo lo demás, así se cuida como de la fiebre amarilla. Ves que esta es otra de las instituciones que no conocemos y con razon; como que es de importacion europea.

Ya que de agencias hablamos, diréte que tampoco nos son conocidas las de *negocios*, en donde se encuentra cuanto hay que desear. Abogados, teólogos, casamenteros, vendedores y compradores de fincas rústicas y urbanas, mineros, traductores, litigantes, médicos y cuanto puede haber menester un hombre en todo el curso de su vida. Todo está allí á disposicion del individuo y se le sirve con puntualidad, exactitud y moderacion en las retribuciones. ¡Qué capaz que allí te hagan perder dinero en negocio alguno! sobre que toda aquella máquina se mueve solo para tu bien y utilidad, dime si te harian una mala pasada.

Es verdad que si llevas por ejemplo un pleito contra X por diez mil pesos que te debe, en el acto se te asegura que tu pretension es buena, justa y legal; se te provee de abogado, apoderado, vocero y cuantos mas agentes hayas menester; y si por accidente llega X y pretende se le defiende del pago de los consabidos diez mil, se le asegura, lo mismo que á tí, que su excepcion es justa, buena y legal, y se le provee de abogado y de todos

los demas oficiales que necesita su obra. Y ambos salen bien. ¡De qué modo? dejándolos la *Agencia* igualitos, igualitos. Pero este es su secreto, y esto es lo único de que vive esa importante oficina.

Figúrate no mas si necesita de un número casi infinito de toda clase de dependientes, puesto que en todos los ramos posibles é imaginables necesita de cooperadores. Por fortuna estos abundan, pues en ninguna parte del mundo habrá tal nube de abogados, médicos, escritores y sabios de todo género como los que aquí pululan y se dejan ocupar á ínfimo precio.

Buena prueba de esta verdad, es á mi juicio, del sin número de astrónomos que hay en esta nobilísima corte, cuya existencia noto en la publicacion de cuarenta y nueve calendarios que hasta hoy han salido para el año próximo venidero. Es verdad que en cuanto á sus observaciones están mas conformes que un matrimonio homogéneo, lo que bien podria argüir un plagio; pero yo creo mas bien que eso confirma la esactitud de la ciencia y la perfeccion á que han llegado los conocimientos; puesto que todos *neminè discrepante*, como dicen cerca de la plaza del mercado en ciertas solemnes ocasiones, anunciaban cuándo haría buen tiempo y cuándo malo. Tampoco se puede decir que es la misma geringa con émbolo distinto; porque cada uno trae el nombre de su autor, y ni modo de negarlo.

Para dar mas interes á estos cuadernos, que según los inteligentes, sirven para propagar los conocimientos en el pueblo, se les agregan cuentos que repiten hasta los niños de la doctrina; versos que hace muchos años publicó un periódico; derroteros que no son los de la república, aun cuando llevan ese nombre; tablas de sueldos y salarios que las señoras no consultan, porque se atienen á los frijoles y á los dedos, y otras curiosidades del mismo género. Uno hay que ha tomado el cargo de dar á conocer nuestra historia antigua en veinte páginas de

diminutas proporciones: otro que refiere los hechos de muchos años en cuatro renglones: otro que hace saber los precios de todos los efectos del comercio, y que no es mas que la coleccion de las listas que publican y reparten los dueños de tiendas, y á ese tenor es el interes de todos los demas. Dime si con semejantes folletos no se instruirá el pueblo á mas y mejor, y no será dentro de poco la corte un pozo de sabiduria.

Ya ves: aunque muy por encima te he dado á conocer muchas cosas buenas, de que ni noticias tendrias, si no fuera por el feliz pensamiento que me asaltó de recorrer el mundo y muy principalmente esta prodigiosa capital. Mucho hay todavía que ver; pero acaso me falte el tiempo para dártelo á conocer supuesta la proximidad de tu venida. Esa impaciencia tuya por palpar maravillas me priva del gustazo de hacerte comprender mis adelantos. Pero ya verás cómo de viva voz no te escaseo mis lecciones. Adios, Bibiana. Rumia cuanto te he dicho, para que no en la mejor ocasion te falte lo que tanto has menester y yo te deseo, esto es, instruccion y conocimiento de la corte.—*Caralampio.*

Méjico, 11 de Julio de 1850.

Para que mis lecciones todas puedan surtir en tí el fruto que me he propuesto, voy á hablarte del modo con que debes conducirte en la fábrica forzosa de amistades que debes emprender tan luego como saltes á tierra. Esto es esencialísimo, y debes repasarlo de dia y de noche, á fin de no cometer *pifias* en un ramo tan importante. Ya sé que me podrás decir que no tienes muchas ganas de cultivar amistades, mucho mas cuando estás acostumbrada á tratar solo con las personas que conoces hace mucho tiempo; mas á eso te debo contestar que harías muy mal en ser tan huraña y alejarte de la sociedad, cuando precisamente si he tomado sobre mis hombros el trabajo de domesticarte ha sido para que vengas á vivir en sociedad y á tratar con la gente cortesana. En cuanto á la objecion de que no conoces á las perso-

nas, queda resuelta precisamente con lo mucho que sobre este particular te he escrito, y con las importantes instrucciones que en esta carta voy á darte. Añadiré, algunos otros consejos sumamente importantes.

Ya tu no tienes que pasar por el bautismo de las informaciones prévias respecto de tus posibles, porque como ya me conocen, desde luego saben á qué atenerse en semejante particular. Así es que no dudo que tan luego como hayas desembarcado, te obsequiarán por lo ménos las personas que ya nos han formado el inventario, balance y avalúo de nuestras existencias. Pero como podrá suceder que en un baile, en un paseo, en una visita contraigas nuevos conocimientos, debes comenzar ante todas cosas por llevar la conversacion á un terreno que es el único que se explota: es decir, que con la mayor naturalidad debes hacer saber que tu casa está en tal calle, central por supuesto, que la tienes amueblada por uno de los mejores tapiceros, que tienes coche y lacayos, que te viste Celina ó Maclovia, que recibes tales y cuales dias, &c., &c., &c., todo cuanto huela á lujo.

Nunca debes estrechar tus relaciones sino con personas á quienes hayas ántes inventariado tambien, porque aun cuando sepas que son de buena familia, que son la honradez personificada, que pueden prestarte grandes servicios; si no tienen modo de dar honor con su boato á tu casa, debes escluirlos de tu intimidad. Harian un papel muy desairado en tu salon, y eso debes evitarlo á toda costa.

Si encuentras por aquí algunos paisanos, aun cuando les debas mucho aprecio y buenos servicios, debes tratarlos como simples conocidos, y debes en primera ocasion romper con ellos; porque seria un dislate, una locura, hacerlos figurar en el cuadro de tus tertulias, donde debe ir lo mejorcito; y esponerte á que soltaran una batuecada, ó usaran contigo de la confianza de nuestra tierra. ¡Qué papel harian unos individuos con su calza-

do deslustrado ó lleno de agujeros, con su eterno paliacate y sus chaquetas sin codos, ó con sus pantalones astronómicos, en donde estaban reunidos los favoritos de Gougaud, los consumidores de Pestail? Y tus antiguas amigas con su tapalito de merino y sus vestidos de baret del año de cincuenta, al lado de tanta leona vestida por figurin, ¿no formarían un ridículo contraste?

Pero si tus paisanos y antiguos amigos han entrado, como tú, al carril del buen tono; si, como tú, habitan una *comfortable* casa; si tienen relaciones con ministros y embajadores; si esperan ser nombrados para una prefectura, un ministerio, una aduana marítima ó cosa por el estilo; sí, en fin, son personas que dejen honra y provecho, entónces léjos de desviarte de ellos, por el contrario debes hacerles un buen lugar en tu casa y recibirlos con cuanta deferencia cabe entre personas civilizadas, aun cuando por otra parte allá en las Batuecas no hayas tenido mayor comunicacion con ellos. A los que no tengan tales requisitos debes, como dije ántes, repudiarles sin consideracion; aun cuando para dar mas peso á tu conducta digas que son unos perdularios que no te prestan garantías, ó cualquier cosilla así con la cual acredites que tienes fundados motivos para no franquarles tu amistad.

Con quienes debes ser de todo punto deferente es con los estrangeros que alguno te presente, porque de ellos tienes mucho que aprender en buenas maneras, en modas y en civilizazion. Nunca preguntes porque se vinieron de su país; pues debes saber que casi todos ó los mas lo han hecho por civilizarnos, por protejernos, por venir á quitarnos la cortesa bárbara que aun nos cubre. Y ya ves que con tan filantrópicos personajes nunca debemos ser desagradecidos. Tanto cuanto te recomiendo la prudencia y el mas prolijo exámen respecto de los mejicanos para abrirles tu casa, tanto así te aconsejo la mas elega confianza en los Mister y Monsieurs, en las Mis

y las Madamas. De aquellos pide, si es necesario, papel de conocimiento, como si fueras á recibir una recamara: de estos no exijas ni la mas lijera explicacion.

Cuando abras tu salon á las visitas, es decir cuando estés visible y recibas—lo cual debes escasear, porque eso es de buen tono—y sean introducidos en el santuario los escogidos, jamas dejarás tu asiento, así pudiera ser un eclesiástico venerable por su estado y su virtud, ó un anciano lleno de años y de merecimientos. Serias notada de incivil si dieras esa prueba de respeto á un ministro de Dios ó á un contemporáneo de tus abuelos. Pero si llega alguna leona, alguna amiga tuya, aun cuando solo brille por sus encajes, debes correr á ella desalada, estrecharla contra tu corazon, así la detestes en el alma, y besarla aun cuando tus labios queden como pared revocada y sus mejillas como piel de tiger. La falta de respeto hacia unos y el fingimiento hacia los otros, son dos cosas que debes atender y aprender con la mayor escrupulosidad.

Durante las horas de tertulia no debes andar corta en sazonar la conversacion con referir cuantos defectos sepan de tus amigos y conocidos, y cuando lo hagas procura que sea en medio de la mas refinada compasion y lastimándote de tener que decir tales cosas, aunque siempre por pasar el rato solamente. A proporcion que el donaire acompañe tus palabras serás mas aplaudida y mas buscada. Si delante de tí se habla de cosas algo coloradas, debes bajar los ojos pero para aguzar mas las orejas, y soltar de cuando en cuando alguna frase que anime al narrador para continuar.

En ese entretanto, ó te ocupas en acariciar á tu falderito y darle sendos besos, aun cuando sea mas repugnante que un leproso, ó en tejer de gancho cualquier chisme de hilo. Una y otra cosa son indispensables para dar idea de buenos modales. Cuando nada hagas

debes estar medio acostada, así pudieras dejar entrever algo de lo que la decencia prohíbe.

Si sales á paseo y lo haces en coche ha de ser lo mas estendida que el vehiculo te lo permita, dejando flotar por uno y otro lado la falda de tu vestido, y si te es posible tendiendo los piés en el asiento delantero: es una costumbre yankee, pero para allá vamos á gran prisa.* Si lo haces á pié, no debes descuidar ni un momento el dar á tu amplia crinolina la graciosa ondulacion de un incensario, ni el dejar caer el tápalo, la manteleta ó la capa mas abajo de los hombros, tanto para dejar ver la mitad de la columna dorsal, como para ostentar una magestad correspondiente á la reina del desierto.

A nadie debes darle las gracias ni manifestarle la menor gratitud por los servicios que pueda prestarte, ya cediéndote la banqueta, ya ofreciéndote la mano cuando vayas á caer, ya haciéndote cualquier otro servicio de ese género; pues debes dar á entender que todo se te debe por tu linda cara.

En cambio cuando te fije alguno la vista lo primero y mas importante es que le enseñes la lengua como si fuera médico, para lo cual fingirás lamerte los lábios á guisa de perro, cuando codicia un bocado: si insiste una mueca ó una torcida de boca serán muy oportunas. Esto no quiere decir que te ha de disgustar el que te miren, sino que has de afectar que te desagrada, por mas que estés rabiando cuando nadie fije en tí la atencion.

Por lo que respecta á las demas mugeres debes acostumbrarte á pasarles revista de una sola ojeada, buscando siempre, no el lado favorable, acerca del cual te desentenderás en lo absoluto, sino el lado ridículo que tener puedan, para que sirva de materia á tu mordacidad en las visitas. En cada mujer debes ver una rival, y cada una de tus miradas debe ser un cartel de desa-

ño, sin perjuicio de que en primera ocasion las abrases á todas como si fuesen íntimas amigas.

Si vas á la iglesia debes ante todas cosas buscar con quien hablar, porque lo primero es saludar á las amigas, preguntarles hasta por la perrita de Chihuahua, y por las enaguas que tiene, y por las modas en que piensa entrar. Todo lo demas es de muy poca importancia. Si tu amiga é interlocutora dice un chiste, no esouses el reírte á carcajadas, que al cabo el dueño de la casa está callado y es muy prudente.

Para llegar á ella no te detengas por obstáculo ninguno: salta por encima de los que te estorben: llévate con los piés una parte del vestido de las que están allí á guisa de gallinas cubriendo pollos; pasa por entre el altar y el sacerdote: echa á rodar sombreros y bastones, y cuanto pueda impedirte tu laudable intento. Vale que los demas á su vez harán lo mismo contigo, sin que pueda contenerlos la santidad del lugar ni los misterios que se celebran.

Sea el templo para tí, no la casa donde se va á rogar á Dios, sino el lugar de citas para todos tus asuntos, y lo mismo que pudiera serlo la alameda ó el coliseo: pero para indicar que tu excursion es mística, debes proveerte de un rosario, que enseñarás á todos, y de un lujoso libro que tal vez no abrirás, sino para ocultar sonrisas y miradas indiscretas.

Si vas al teatro, te recomiendo que no ceses de hacer ruido con el abanico, llamando la atencion de todos, echándole á la cara á todo bicho viviente el reflejo de los gemelos: nada de atencion al drama ó comedia; y sobre todo, te encargo que tu vestido sea tan apegado á las reglas del tono, que tú misma no puedas verte sin rubor; aunque eso del rubor no lo dejes jamas salir á la cara. Esto mismo debes hacer con la sensibilidad; pues para uno y otra debe haber reclusion perpetua.

Quando éstes en el baloon nunca dejes, aun de pié,

de tener el gancho en las manos; ese es un bello recurso para fingir ocupacion y amor al trabajo, y para saludar al descuido ó corresponder á una seña del adorador platónico. Me dirás que como puedo aconsejarte ese escándalo, siendo tu marido y conjunta mitad; pero como ya estoy á la altura de la civilizacion cortesana y como en breve tú lo estarás tambien, es preciso dejar la ferocidad batueca y mostrarnos dignos actores del teatro social de Méjico. No tengas cuidado por lo que digan, pues es de tono y bien visto el tener sus amores platónicos, y aun mas que eso. Pero tú puedes quedarte en la primera parte solamente para cumplir con la sociedad.

Muy particularmente te encargo que te hagas espiritualista y muestres en tu porte, en tus miradas y en tus obras una languidez y cansancio tal que todos comprendan que estás en comunicacion con los espíritus. Eso es de una elegancia infinita, por cuanto nos aleja de las clases inciviles y bárbaras á quienes aun no alumbramos con su brillante resplandor la cultura y el buen tono.

Con estas y otras advertencias que á su debido tiempo es mi ánimo hacerte, puedes estar segura de que si no estás de rigurosa moda, muy poco te ha de faltar. Además, aquí con el trato de maestras muy ejercitadas, que lo son casi todas, creo que á la vuelta de dos semanas estarás inconocible.

He concluido mi tarea; no porque me falte de que hablar, pero supuesta la violencia en que estás por venir á gozar de tanto prodigio no me queda ya tiempo para decirte otras cosas; tanto mas cuanto que me figuro que ya esta carta la recibirás en el camino. Si es así, aquí charlarémos: si no es así, recibirás nuevas epístolas de tu siempre rendido.—*Caralampio.*

FIN.

D. S. N. B.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

